

M. Pernaut\*

## Inflación de los Precios: Consecuencias y remedios

*Definidas la Moneda y la Inflación (Fom. Soc. enero, 1964) y propuesto el amplio espectro que los diversos tipos de inflación colorean (Fom. Soc. abril, 1964) vamos a completar el tema con el estudio de las consecuencias, efectos o males que la inflación acarrea. Para concluir, habrá que señalar esquemáticamente los remedios que en buena terapéutica son recomendables para conjurarlos*

### CONSECUENCIAS DE LA INFLACION

Señalaremos las principales, que ordenadamente catalogadas son las siguientes:

#### 1. EL PROPIO PROCESO INFLACIONISTA

Es uno de los resultados más graves: una vez iniciado el proceso inflacionista, es casi imposible el contenerlo. La inflación se da cuerda a sí misma. Se cae en la espiral inflacionista: el alza incoercible de los precios exige nuevas emisiones monetarias.

¡Cuánto de esto saben, por desgracia, muchos Ministros de Hacienda!

Los primeros apremios de los Gobiernos hacen girar las ruedas de las prensas, y el Banco Central le proporciona billetes nuevecitos. Como ha sido tan fácil conseguirlos, son más generosamente prodigados. Al difundirse en la circulación, ponen en marcha el mecanismo de los precios. El ritmo de la emisión es rápido y el de la producción es lento. Al subir los precios, subirán forzosamente, aunque con algún retraso.

\* Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Católica «André Bello» de Caracas.

los sueldos y salarios. No suben tan a prisa las recaudaciones del Fisco, pues los impuestos *de hoy* corresponden a ganancias *de ayer*.

La dirección del proceso productivo o de desarrollo impone cada día más fuertes cargas. En los países subdesarrollados hay que mantener la política de sustitución de importaciones, aún en los momentos de revés coyuntural. Hay que atender a las justas ansias de redención de las clases populares.

Acrescentamiento de las tareas, merma de ingresos, subida de precios y salarios que *replantean al Gobierno los mismos apuros monetarios*.

## 2. CONSECUENCIAS EN CUANTO AL REPARTO DE LA RIQUEZA

La inflación es una fuente de injusticias. Con ella, unos salen, indebidamente ganando; otros, inmerecidamente perdiendo. No sin razón, alguien apellidó a la Inflación «*el más elegante ladrón de guante blanco*».

Explicuemos este punto importante.

Es obvio que el valor de la moneda dependa de la ajustada proporción entre el volumen de signos monetarios emitidos y la masa total de bienes y servicios por que aquéllos van a ser intercambiados. A la colectividad no tanto le interesa el monto absoluto de moneda circulante, cuanto el relativo. Si permaneciendo invariada la producción nacional, se duplicará el volumen de signos monetarios, es evidente que con la operación no habría mejorado en nada el *poder global de compra de la nación*, pues en total y definitiva se podría seguir comprando la misma cantidad que antes de bienes y servicios; en cambio, sí habría sido alterado, disminuido, *el poder de compra del signo monetario unidad*; habiendo idéntica cantidad de bienes y servicios adquiribles, y duplicado el volumen de signos en circulación, los precios acabarán subiendo y la unidad monetaria perdiendo de su valor.

Con todo, podemos hacer dos hipótesis diferentes: la multiplicación de los signos monetarios pueden ser instantánea o sucesiva.

Si mediante un decreto o ley un Gobierno se empeñara en añadir un cero más al número estampado en cada uno de los billetes o monedas en circulación, las cosas habrían quedado tranquilamente en su punto, pues *habría sido exactamente proporcional la modificación experimentada por todos los detentores de dinero*. A la vez que a todos los billetes, hubiera habido que añadir un cero a todas las nóminas de sueldos y salarios. Y bien poco tiempo haría falta para que los comerciantes añadieran el mágico cero en los cartelitos anunciadores de los precios.

Inversamente, ganaron mucho algunos Gobiernos, como los de Francia y Chile, por ejemplo, suprimiendo un par de ceros en todos sus billetes. Eran casi astronómicas las cifras que en estos países había que manejar para contabilizar sus haberes.

Pero nótese bien que la condición indispensable para que semejantes manipulaciones monetarias sean válidas es que el aumento o disminución de signos monetarios se haga:

1. *De una vez, instantáneamente, por decreto o ley.* 2. *A proporción de los haberes que anteriormente poseyeran las gentes.*

Es decir, que se pueden añadir o suprimir un par de ceros en los billetes, si la acción es simultánea para todos los detentores de moneda. Procediendo de esta manera, todos los ciudadanos mantendrían su estado relativo de riqueza invariado; no se habría alterado en nada ni el poder global de compra de la comunidad, ni el de cada uno de los miembros.

Pues bien: lo insidioso del proceso inflacionario es que en él no se cumplen ninguna de esas dos condiciones. Cuando desencadenada la inflación comienza a incrementarse el monto absoluto de signos monetarios. 1. *La dilatación del circulante es paulatina—no se opera de una vez—.* 2. *No se realiza la distribución de los nuevos signos de acuerdo a las cantidades con anterioridad poseídas por los ciudadanos.*

*La dilatación es paulatina,* porque aunque el decreto que otorgó facultades al Gobierno para la obtención de nuevos créditos sea instantáneo, la disposición de esos fondos forzosamente ha de ser intermitente y sucesiva.

*La distribución es injusta,* por desigual, pues hay directos beneficiarios del circulante nuevamente emitido: el primero, el propio Gobierno, que obtuvo ese dinero sin esfuerzo, sin ofrecer la oportuna contrapartida; segundo, los que trabajan para el Gobierno y reciben contratas, que de otro modo no se hubieran realizado; tercero, aquellos a quienes, como vamos a ver, les llegan las olas secundarias de la expansión.

Y dejadas de cumplir esas dos condiciones, la injusticia es flagrante; el robo, artero. Porque a la dilatación del monto absoluto de dinero, sabemos no corresponde—por ello mismo—ningún aumento del poder global de compra de la comunidad. Luego, si no incrementado ese poder global, existen ahora clases privilegiadas a cuyas manos han venido a parar los billetes nuevecitos, sin que hayan ofrecido contrapartida productiva alguna, y éstos pueden portarse compradores de la masa invariada de bienes y servicios, señal es de que el poder de compra de que ellas disponen ha sido arrebatado a otros. Frustran de una parte del poder de compra de que disponían a los antiguos detentores de dinero, en cuanto el poder de compra del signo monetario unidad ha sido—por la operación—disminuido; y esos antiguos poseedores siguen teniendo la misma cantidad de signos monetarios que antes. En cambio, los nuevos poseedores, afortunados por el proceso inflacionista, obtienen signos monetarios recién impresos, recibidos directamente, que, aunque sean de origen falsificado, se confunden en la circulación con los antiguos, y que, aunque acaben teniendo un valor disminuido con respecto al poder de compra primitivo del signo mone-

tario unidad, algún valor conservan todavía; y por su masa pueden suponer un poder de compra suficiente como para arrebatar a otros ciudadanos gran parte del fruto de su trabajo.

Quien se dé perfecta cuenta de la esencia de este fenómeno, pocas tentaciones tendrá de considerar la inflación como benéfica, o aplicable como estímulo al desarrollo en determinadas circunstancias.

La inflación implica un repartir dinero, remuneración, sin contrapartida de esfuerzo. Esto no puede ser nunca sano. Conlleva la dilatación del caudal de circulante, sin aumento parejo de la masa de bienes y servicios. Esto no es normal, sino fuente de desequilibrios. Fomenta el enriquecimiento de unos, a costa de otros. Esto es injusto.

Así desentrañada la fundamental injusticia de la inflación, podemos *explicar quiénes con ella salen ganando y quiénes perdiendo.*

*Hablando en términos generales, podemos decir que salen ganando los deudores y todo aquel que tiene algo que vender. Y salen perdiendo los acreedores y todos aquellos que tienen algo que comprar.*

*Se benefician los deudores,* pues deben pagar las mismas deudas nominales en una moneda ahora devaluada. Y los vendedores, pues ellos compran más barato y venden más caro. La subida de precios va revalorizando, a medida que pasa el tiempo, las existencias de materias primas, de productos en curso de fabricación, los excedentes en almacén.

Al contrario, *salen perjudicados los acreedores,* que prestaron dinero bueno y van a recibir dinero malo; *los compradores,* que se enfrentan con el alza progresiva del coste de la vida.

Detallando más singularmente, con la inflación *salen ganando los industriales y comerciantes,* pues en general son deudores—movilizan fuertes créditos—y por esencia son vendedores.

*Salen perdiendo los capitalistas,* como acreedores que son y poseedores de rentas fijas. Los pequeños rentistas, *los ahorradores,* los beneficiarios de pensiones, la monja de clausura, etc., que ven esfumarse su renta fija, sus ahorros, sus dotes, etc., en el vacío inflacionista.

*Salen también perdiendo los obreros,* todo trabajador a sueldo fijo, que ve a su remuneración seguir de lejos el alza de los precios, y siente en el presupuesto familiar la elevación del coste de vida.

### 3. DESAJUSTES EN EL MECANISMO PRODUCTIVO

Como acabamos de ver, la inflación con el alza de precios consiguiente favorece a los industriales; luego en ese sentido, en cierto modo, estimula la producción.

Con todo, en el proceso inflacionista se dan fuertes desajustes.

En primer lugar, la inflación *desalienta el ahorro necesario.* La merma continua que la moneda va sufriendo en su valor hace que nadie quiera guardarla; todos se apresuran a ahorrar en bienes reales; o se ven obligados a gastarla en los bienes de puro consumo encarecidos.

Ese ahorro sería tanto más necesario cuanto las inyecciones monetarias inciden más fuertemente sobre los precios de los bienes de consumo que sobre los de inversión. Frenada, por lo mismo, la demanda de los primeros, se podría pensar en aprovechar la favorabilidad en los precios de los segundos. Pero, entonces, falta el ahorro colectivo.

A lo más se pretende subsanar esa deficiencia con los métodos de la autofinanciación. Pero en ese clima inflacionista, el procedimiento exige nuevas subidas de precios, como para ensanchar suficientemente los márgenes de beneficios y permitir a escasos ahorradores concentrar grandes sumas para la inversión.

En segundo lugar, *la inflación dificulta todo cálculo racional de costes*, al desarticular desigualmente la estructura de precios; al imponer módulos más o menos arbitrarios de amortización de activos, de valoración de inventarios, de reparto de dividendos, etc.

Esta dificultad se ha hecho sentir con particular ponderación para algunos inversionistas extranjeros en Latinoamérica.

Un tercer desajuste que se puede señalar es *la mala dirección que toman los recursos productivos*. La inflación y subida de precios son indicios de escasez. Por otro lado, son generadoras de clases de nuevos ricos. Unidos ambos efectos, se tiende a canalizar la inversión hacia aquellos negocios más lucrativos; y sucede que en esos momentos es más benéfico, desde el punto de vista del empresario particular, fabricar artículos de lujo de precio elevado, que compran los favorecidos; que no bienes de consumo popular, que no pueden comprar los obreros.

Una modalidad de la inflación consiste, precisamente, en que el alza de precios continuada va eliminando paulatinamente del mercado a los compradores más modestos y, por lo mismo, obligando a los vendedores a resarcirse con una nueva elevación de precios de lo escaso de las ventas.

Cuarto, la continuación durante algún tiempo de estos procesos *acaba provocando notorias escaseces* aun de bienes ordinarios. Entrando entonces en juego los *almacenamientos de carácter especulativo*, para acentuar la penuria, encarecer desmesuradamente los precios y cobrarlos de aquellos que pueden pagarlos con los beneficios de la inflación.

#### 4. CONSECUENCIAS SOBRE EL COMERCIO EXTERIOR

La elevación de los precios interiores, consecuencia inmediata de la marea inflacionista, *tiende a frenar las exportaciones nacionales y a estimular la importación de artículos extranjeros*.

En efecto, mientras todos los precios nacionales se inscriben en alza, el único artículo cuyo precio permanece invariado es el oro, o las divisas extranjeras, mantenidos en el valor y cambio antiguo por fuerza de la ley. Resulta entonces que, frente al encarecimiento de los precios internos, los artículos extranjeros, virtualmente, se abaratan. Con ello,

todo aquel que tenga dinero preferirá gastarlo en el exterior que no comprar productos en el interior. Y ya hemos indicado cómo el proceso inflacionista incrementa algo arbitrariamente la fortuna de determinadas categorías de personas. Luego éstas querrán comprar fuera. Unos, bienes de lujo; otros, costosos equipos nuevos para sus florecientes industrias.

Por otro lado, la producción nacional, que va conociendo mayores niveles de precios en el interior, aparece también como particularmente cara a los extranjeros, mientras a la vez se mantenga legalmente sobrealvalorizada la moneda nacional. Es decir, que forzosamente han de declinar las exportaciones de la nación.

La conjunción de las dos influencias conduce derechamente, a la larga, al desequilibrio fundamental de la balanza de pagos, al déficit prolongado.

Este déficit permanente mantiene elevada y activa la demanda de divisas extranjeras, encarece por lo mismo su precio y acaba elevando el curso de los cambios, o lo que es igual, obligando a devaluar la moneda nacional.

O sea, que la inflación, por la elevación de precios interiores, hace perder a la valuta nacional su poder de compra interno. Por elevación de los tipos de cambio, su poder de compra exterior.

Y aunque la oportuna devaluación pueda ser remedio a los males que causaron el desequilibrio de la balanza de pagos, hay que precaverse muy cuidadosamente de recurrir reiteradamente a esa droga, porque entonces puede ser peor el remedio que la enfermedad.

Resulta, realmente, irracional seguir políticas antagónicas: una política interior de tipo inflacionista, aunque sea con pretexto de fomentar el pleno empleo, y una política exterior que anhela, mediante la devaluación, restablecer el equilibrio de la balanza de pagos. De hecho han solido ser más eficaces los deseos de auge interior, que las veleidades de equilibrio exterior, con la grave consecuencia de que una vez recorrido el camino de la facilidad monetaria y de la manipulación del cambio, es tentador u obligado el volver a reiniciar el proceso. Pero, con resultados finales verdaderamente funestos.

Porque, aunque sea cierto que a raíz de las sucesivas devaluaciones, en los primeros momentos y durante períodos más o menos cortos de tiempo, el país exparte con ventaja sus productos, muy pronto se encontrará de nuevo en dificultad.

Hay que percatarse, en efecto, de que en la áspera lucha de la competencia y mercado internacional, se puede ganar más fácilmente la batalla momentánea en la venta de aquellos productos para los que el mercado es más perfecto. La devaluación abarata sensiblemente el precio de esos artículos que se muestran tan flexibles. El país que ha devaluado estropea automáticamente el mercado a sus competidores. Si siguen políticas ortodoxas lo intentarán presionando sobre los costos

de producción, no precisamente sobre los salarios, sino sobre los otros elementos de coste, mediante la mejora técnica de sus instalaciones industriales.

Como da la casualidad de que aquellos productos de mercado más perfecto son los menos acabados, los más homogéneos y ordinarios, tendremos que el país (A), ante la ilusoria bonanza causada por la devaluación se verá arrastrado hacia la producción de artículos vulgares, menos perfeccionados; o al incremento de una agricultura de exportación poco especializada e intensiva.

Y aun en esa situación las ganancias de los exportadores pueden ser ingentes. Lo que nunca ha sido estímulo para la iniciativa empresarial, que se duerme sobre los laureles tan fácilmente conseguidos.

De ahí que el progreso técnico de la nación quede frenado. Lo cual significará que a la vuelta de unos años el país se encontrará peor equipado que sus rivales, con una eficiencia productiva muy inferior a la de ellos.

Por que el país (B) que supo de dificultades iniciales, buscó en la especialización y en la calidad de sus productos una manera de retener la clientela internacional. Para ello modernizó sus factorías, pagó bien y formó mejor a sus obreros. Consiguió con ello aumentar la demanda internacional de sus productos, aun sin tener que recurrir a rebajas en los precios o en el tipo de cambio.

Vemos cómo las diferentes políticas seguidas por ambos países acaban influyendo aun en las estructuras productivas de las naciones.

La historia económica relativamente reciente, la de la última postguerra europea, fue aleccionadora a este respecto. Las dificultades en que se debatieron hasta la altura de los años 1960 tanto Francia como Inglaterra contrastaban singularmente con el amplio desahogo de Alemania occidental, que veía acumularse en sus arcas las divisas y oro disponible en Europa. Tan sólo cuando a partir de la devaluación de diciembre de 1959 Francia se decidió eficazmente a seguir la vía del esfuerzo y progreso, comenzaron a cambiar las cosas; con los espléndidos resultados que todos ahora conocemos.

Las últimas consideraciones hechas parece nos han llevado de la mano a tratar de los remedios o salidas de la inflación.

Desgraciadamente habremos de ser muy parcos. Debemos contentarnos con la simple enumeración de los remedios y remitir al lector para una más amplia exposición a varios de los capítulos de nuestra obra de *Teoría Económica* (T. I. cap. XXVIII, T. II. cap. XXI).

## REMEDIOS DE LA INFLACION

La inflación es una enfermedad de la moneda. Pero habrá podido ser más o menos grave, llevar más o menos tiempo incubándose.

a) Primera, atacar al mal en sus raíces, es decir, combatir directamente las causas que provocaron la enfermedad.

b) Segunda, atemperar los remedios al grado de gravedad y tiempo de duración de la misma.

### a) *Presupuesto básico.*

En efecto, sería insensato querer remediar la inflación y sus nefastas consecuencias y, sin embargo, seguir alimentando las causas que la originaron y fomentan. No se puede curar el mal dejando actuar a las causas.

Habrá que atacar diferentemente las inflaciones en marco coyuntural de los países avanzados, de la inflación por causas de índole estructural de los países nuevos. Siendo de origen más estrictamente monetario las de los primeros, se comprende que basten en ellos ciertos arbitrios o manipulaciones de índole monetaria, o remedios fiscales de contrapeso coyuntural.

En los países subdesarrollados habrá quizás que aplicar con mayor benignidad esos mismos remedios. Pero, sobre todo, habrá que decidirse por la modificación de las estructuras, sin cuya corrección el riesgo de inflación será permanente.

En el caso de la inflación administrativa urgirá comprimir los gastos gubernamentales, buscar el equilibrio presupuestario, activar una política de productividad que acreciente la masa de bienes y servicios.

El análisis de estas soluciones de fondo desborda los límites del presente artículo. Habrán de ser estudiadas en los *Tratados de la Coyuntura*, donde se exponen las medidas de acción anticíclica, o en los *Tratados del Comercio Exterior*, donde se analizan los modos de restablecer el equilibrio y las condiciones en que una devaluación puede ser eficaz. En la más reciente literatura económica sobre los problemas del Desarrollo abundan los consejos sobre la manera de operar las transformaciones exigidas por el proceso de estructuración de los países.

Por el momento, nos limitaremos a esbozar el esquema de los remedios de índole más estrictamente monetaria, aplicables según el grado de gravedad y duración de la inflación.

### b) *Remedios de índole monetaria.*

1. *La Inflación ha podido ser moderada y reciente.* Entonces se indicará una *Deflación* o *Revalorización* de la moneda. Ejemplos: In-

glaterra, después de la Primera Guerra Mundial; las revalorizaciones del marco alemán y florín holandés en el año 1961.

2. *La Inflación ha sido más acusada y duradera.* En ese caso se impondrá forzosamente una *Devaluación* de la moneda nacional. Los ejemplos abundan en nuestros días.

3. *La Inflación ha sido galopante y desorbitada.* Será preciso el *cambio total de moneda.* Caso del marco alemán en 1942, bajo H. Schacht. Igualmente la reforma monetaria alemana de 1948, y la de otras varias naciones en la inmediata postguerra.

En la primera hipótesis, la moneda nacional se ha desprendido de la cima, ha empezado a caer. Pero todavía no ha cobrado velocidad, ha descendido poco. Se puede esperar que con gran esfuerzo se la vuelva a levantar hasta su sitio. La Revalorización es un dar marcha atrás en la carrera emprendida.

En el segundo caso, la piedra que se desgarró de la montaña ha cobrado aceleración, ha dado buenos tumbos, viene cayendo. Ha bajado tanto, que no se puede presumir de fuerza para levantarla a su antiguo pedestal. Pero se va a intentar lo posible por detenerla; y una vez parada, estabilizarla en esa posición, para que no siga bajando.

Por fin, si se ha dado el tercer momento, la caída es tan aparatosa, tan violenta, que se ve que no hay remedio humano para conjurar el desastre. Entonces no hay otra solución que dejar hundirse del todo a la moneda, para luego comenzar sobre nuevas bases.